

Voces de Bohemia
Visiones de la pérdida del hogar
en la literatura en lengua alemana
de Bohemia. Un acercamiento desde
los estudios espaciales

Edición Carme Bescansa

ÍNDICE

Un primer acercamiento, <i>por Carme Bescansa</i>	7
Bohemia en el tiempo y en el espacio, <i>por Carme Bescansa</i>	15
1. El marco histórico. Surgimiento, desarrollo y ocaso de Bohemia	15
2. Reflexiones sobre el espacio y el hogar. Marco teórico	22
2.1. El espacio, el Este alemán, Karl Schlögel	22
2.2. Espacio y 'spatial turn'	26
2.3. El concepto de hogar en los estudios espaciales	30
“Buscar lo que nos une tras lo que nos separa”, Josef Mühlberger, <i>por Carme Bescansa</i>	33
“El hogar está allí donde estén las personas”, Gudrun Pausewang, <i>por Maite Aperribay</i>	57
“El marco de mi vida, lo estable, lo permanente”, Lenka Reinerová, <i>por Maite Aperribay</i>	75
“Hogar es una palabra mágica”, Hugo Scholz, <i>por Garbiñe Iztueta</i>	93

© Edición Carme Bescansa, 2013

©Entimema, 2013
Fuencarral, 70
28004 Madrid
Tel.: 91 532 05 04
Fax: 91 532 43 34
www.entimema.com

Voces de Bohemia.
Visiones de la pérdida del hogar en la literatura en lengua
alemana de Bohemia. Un acercamiento desde los estudios espaciales

ISBN: 978-84-8198-877-2
Depósito legal: M-17.885-2013
BIC: DSBH

“¿Cómo se convierte un nuevo país en hogar?”, Annelies Shwarz, <i>por Garbiñe Iztueta</i>	121
“Mi hogar es lo que escribo”, Johannes Urzidil, <i>por Carme Bescansa</i>	145
“A cuatro manos o partituras nacionales”, Hellmut Walters, <i>por Waltraud Kirste</i>	167
Bibliografía	187

UN PRIMER ACERCAMIENTO

Carme Bescansa

Bohemia se asocia en nuestro imaginario colectivo con una actitud vital y con una atmósfera humana heterodoxas, propias del mundo del arte; y no obstante, más allá de esa dimensión encarnada por Max Estrella en la celebérrima obra de Valle-Inclán, da nombre a una región histórica de una riqueza cultural y lingüística excepcionales. En este sentido, es lícito entender Bohemia, pero la Bohemia de Centroeuropa, como sinónimo de arte. A la vez, tal definición de ese espacio desde un punto de vista estético, y no geográfico ni político, nos alienta a fijar la atención en un fenómeno acontecido en el transcurso del siglo XX y que es el objeto del presente estudio: la pérdida paulatina y finalmente desaparición de esa Bohemia mosaico de culturas y en concreto de su legado alemán.

En esta obra se aborda la producción literaria en lengua alemana surgida en ese espacio geográfico y en unas circunstancias históricas muy concretas: las de las autoras y autores que vivieron en primera persona la desaparición de su hogar. Dicho hogar se localizaba en zonas de mayoría étnica alemana, los Sudetes, que hasta 1918 formaban parte del Imperio Austrohúngaro, y que a partir de los Tratados de Versalles pasaron a corresponder

“El marco de mi vida, lo estable, lo permanente”

- Der Ausflug zum Schwanensee. Mit einem Gespräch zwischen Lenka Reinerová und Günter Caspar.* Berlín: Aufbau, 1983.
- Es begann in der Melantrichgasse. Erinnerungen an Weiskopf, Kisch, Uhse und die Seghers.* Berlín: Aufbau, 1985.
- Die Premiere. Erinnerungen an einen denkwürdigen Theaterabend und andere Begebenheiten.* Berlín: Aufbau, 1989.
- Das Traumcafé einer Pragerin.* Berlín: Aufbau, 1996.
- Mandelduft. Erzählungen.* Berlín: Aufbau, 1998.
- Zu Hause in Prag. Manchmal auch anderswo. Erzählungen.* Berlín: Aufbau, 2000.
- Alle Farben der Sonne und der Nacht.* Berlín: Aufbau, 2003.
- Nährisches Prag. Ein Bekenntnis.* Berlín: Aufbau, 2005.
- Das Geheimnis der nächsten Minuten.* Berlín: Aufbau, 2007.

Estudios

- Salmhofer, G. *“Was einst gewesen ist, bleibt in uns.” Erinnerung und Identität im erzählerischen Werk Lenka Reinerová.* Innsbruck: Studienverlag, 2009.
- Schlicht, C. *Lenka Reinerová. Das erzählerische Werk.* Oberhausen: Karl Maria Laufen, 2003.

“HOGAR ES UNA PALABRA MÁGICA”

Hugo Scholz

Garbiñe Iztueta

La vida de Hugo Scholz, el poeta del hogar, tuvo siempre una constante: el mundo rural. Su escritura, como parte de su vida, estuvo igualmente de forma inherente unida a la naturaleza. Nacido en Ottendorf el 27 de julio de 1896, asistió al instituto de Braunau y a la escuela agrícola de Großdorf. En 1915 y hasta 1918 acudió al frente en la Primera Guerra Mundial, donde su valor fue reconocido con las medallas de bronce y plata y donde sufrió el terror y dos heridas graves. A su regreso de la Gran Guerra, entre 1920 y 1945 se dedicó, por una parte, a la finca familiar Ulrichhof en Ottendorf y por otra parte a labores de escritor, redactor y editor de la publicación periódica de los Sudetes *Terruño (Scholle)* (Meissner 1978: 21-22). De hecho, fue el fundador de dicha revista, así como de *El pueblo (Das Dorf)*, dedicada a la forma de vida alemana y al entretenimiento popular (*Kulturportal West-Ost*, 12/10/2012). Precisamente estos dos datos propiciaron en 1976 el calificativo de “periodista nacionalista” y la conclusión de su pasado “fascista” en la revista *La antorcha (Pochoden-Die Fackel)*, en febrero 1978 (Meissner, 1978: 26). Sin embargo, otras voces insisten en la existencia de suficientes datos sobre su compromiso con el

sufrimiento de los perseguidos y sobre la producción de obras en las que denuncia la injusticia para descartar dicha conclusión errónea. Como prueba presenta Meissner el hecho de que entre 1939 y 1945 Hugo Scholz se puso del lado de los perseguidos, hechos sobre los que más tarde escribiría en la obra de teatro *Una chaqueta para el prisionero* (*Ein Jackett für den Gefangenen*) publicada en 1965 (Meissner, 1978: 26). En este drama se presenta la historia de un terrateniente silesio en cuyas tierras está realizando trabajos forzosos un prisionero de guerra, y a quien el protagonista tratará como a un miembro más de la familia, enfrentándose así a las SS del Tercer Reich, con un final trágico para ambos.

En efecto, es significativo que Hugo Scholz fuera sólo hasta 1938 editor y redactor jefe de ambas publicaciones *Terruño* y *El pueblo*, sin que se haya podido encontrar documentación sobre las circunstancias y motivos de su alejamiento de los puestos de dirección. En cambio, Scholz siempre continuó con actividades literarias más próximas a la vida cotidiana, folklore y cultura de su lugar de origen. Editaba el anuario local *Noticia del Campo* (*Botschaft des Ackers*) (*Kulturportal West-Ost*, 12/10/2012), además de embarcarse en variadas actividades para proteger el legado natural y cultural de su tierra natal, mediante el estudio de la historia y cultura de la región, mediante protestas contra decisiones administrativas contrarias a la conservación del paisaje, etc. Su actividad comprometida con el entorno y las personas del lugar no pasó desapercibida, por tanto, en la comunidad de Braunau (Meissner, 1978: 25).

La Segunda Guerra Mundial estalló cuando Hugo Scholz tenía 43 años, sin que se pueda confirmar por las fuentes su participación en el frente ni se puedan hallar datos sobre las condiciones en las que se produjo su expulsión de su Ottendorf natal. Se trasladó presumiblemente junto a su mujer al Allgäu, en Baviera, donde empezó una nueva vida, siempre en un entorno rural y dedicándose a las tareas del campo, compaginando su

trabajo de agricultor en Goimenen ob Seeg con sus labores literarias. Allí permaneció, aunque siempre comprometido también con el folklore de su Bohemia en el *Círculo de Braunau* (*Heimatkreis Braunau*) con el objetivo de preservar la cultura de su tierra natal. Falleció en Seeg, Allgäu, en el año 1987.

Conocido también con los seudónimos Hans Balderbauer, Urli Hofer y H. Roggenberger, Hugo Scholz inició su actividad literaria ya en los años veinte y recibió su primer premio en 1927, que fue el Premio Honorífico de la Unión de Alemanes (*Ehrenpreis des Bundes der Deutschen*), tres años más tarde en 1930 le fue concedido el Premio Dramatúrgico de la Sociedad del Arte y la Ciencia (*Dramenpreis der Gesellschaft für Kunst und Wissenschaft*) y en 1968 el Premio Paisajístico Polzen-Neiße (*Landschaftspreis Polzen-Neiße*). Su obra fue prolífica, tanto en prosa (relatos, novelas breves, crónicas, novelas, estudios) como en drama y poesía. Sin embargo, para el gran público el autor ha permanecido en un lugar marginal del panorama literario alemán del siglo XX. En todo caso, en su trayectoria figura el año 1965 como año de inflexión en lo que a la recepción del público se refiere, puesto que el estreno y posteriores representaciones de su drama *Una chaqueta para el prisionero* tuvieron gran repercusión en Suabia y Tirol austriaco.

Calificado como “poeta del hogar”, por ejemplo por el autor sionista Hugo Herrmann en 1961 (citado por Meissner, 1978: 24), la escritura de Hugo Scholz muestra muchos rasgos en común con la visión y contenidos de la llamada literatura del hogar (*Heimatliteratur*). Este tipo de literatura iniciado a finales del siglo XIX en parte como reacción a la literatura naturalista centrada en la vida urbana, dirige su atención al mundo rural como alternativa al proceso de urbanización, industrialización y mecanización del mundo: en un tiempo de deshumanización como consecuencia de la tecnologización, para la *Heimatliteratur* el único hogar posible está en el mundo rural.

Ya en los títulos de muchas de las obras publicadas por Hugo Scholz encontramos este espacio rural asociado a elementos clave de la *Heimatliteratur*, tales como el bosque (*Wald*), el mundo tranquilo (*Stille Welt*), la hija de la tierra (*Tochter der Erde*), habitantes del pueblo (*Dörfler*)... De entre la larga serie de obras de Scholz se impone, por tanto, realizar una selección de textos que traten precisamente el tema de pérdida del hogar, a fin de establecer los elementos y el modo en que Scholz literaturiza dicho tema en relación a la *Heimatliteratur*. Con el objetivo de acotar el estudio, se ha optado por dirigir el foco hacia los volúmenes de narrativa breve, pudiendo comprobar que, salvo contadas excepciones, Hugo Scholz empezó a publicar relatos a partir de la década de los sesenta y durante casi tres décadas hasta su muerte en 1987. Ello supone que Scholz aborda este género una vez cumplidos los 60 años, con lo que su mirada será profundamente retrospectiva. Se ha seleccionado para el presente estudio un mínimo de un volumen de relatos representativo de cada década, con la atención fijada en textos en los que se tematiza el partir del lugar natal, la experiencia de dejar atrás el hogar y construir uno nuevo en otro entorno.

Valle de los Padres (Tal der Väter), publicado en 1965, es una recopilación de recuerdos, datos, descripciones, anécdotas de su pueblo y región natal, a fin de fijar por escrito el retrato de su hogar. Sin embargo, el lugar concreto de dichos recuerdos permanece sin nombre en los relatos. Éstos, que cronológicamente retrotraen al lector a un tiempo no precisado, lejano en el pasado y que se puede situar a principios del siglo XX, durante la infancia del autor, están dispuestos en tres bloques: el primer bloque "Querido viejo pueblo" ("Liebes altes Dorf") recopila narraciones que describen no sólo el lugar natal de Scholz y los paisajes colindantes, sino también la vida diaria, las casas, costumbres cotidianas, celebraciones, etc.; "Niñez entre montaña y bosque" ("Kindheit zwischen Berg und Wald") reúne los recuerdos familiares de infancia, las anécdotas y las imágenes

conservadas de momentos señalados; "Gente, bichos raros e historias" ("Leute, Käuze und Geschichten") ofrece una serie de relatos sobre personajes peculiares, locales o visitantes.

Tan verde como en nuestro hogar (So grün wie daheim), publicada en 1972, se caracteriza por contener relatos desarrollados bien en Baviera bien en Bohemia, como señal de que pueblecitos de ambas regiones han pasado a formar parte de su hogar. El segundo volumen seleccionado de esta misma década es *Como era antaño en nuestro hogar (Wie's einst war bei uns daheim)*, que data de 1977 y recoge la imagen de la vida sencilla de las montañas y los bosques como un hogar perdido, anclado en el pasado. Una colección con mayor profundidad y reflexión, parece indicar mayor nostalgia que en el volumen *Tan verde como en nuestro hogar*.

Hogar vivo: historias y poemas (Lebendige Heimat: Geschichten und Gedichte, 1981), muestra una mayor sofisticación en forma y fondo, pues, por una parte, por primera vez combina poesía y prosa, y por otra parte, en varias ocasiones retoma narraciones breves y/o motivos ya elaborados anteriormente en otros relatos, para desarrollarlos en mayor detalle.

BOHEMIA EN SU OBRA

La narrativa breve de Hugo Scholz ofrece un terreno amplio para comprobar la forma en que la memoria puede conservar una imagen estática del hogar perdido, como un lugar recóndito apegado a la naturaleza, a salvo de los cambios de la vida y del mundo. El tratamiento literario del hogar de Hugo Scholz muestra trazos de la *Heimatliteratur* y muchos puntos en común con el concepto de hogar predominante en los años veinte, si bien la producción literaria analizada es muy posterior. A continuación nos dispondremos a abordar la interpretación del término hogar manejada por Scholz, para posteriormente explorar

los rasgos en común de su representación del hogar con la *Heimatliteratur*.

En el estudio de Boa/Palfreyman (2000) se diferencian cuatro etapas en la evolución del concepto de Hogar. Las dos primeras serán relevantes en relación a nuestro autor. Entre 1871 y la Primera Guerra Mundial, el hogar será una respuesta a la modernidad y a las tensiones regionales del joven Imperio Alemán que había nacido en 1871, en una interpretación de hogar exclusivamente centrada en el mundo rural de las provincias alemanas. En una segunda fase, en los años veinte y treinta, se produce un proceso de mitificación, el hogar se despoja de un significado regional concreto y se convierte en una condensación nebulosa, sin forma, de la misma manera que el campesino (*der Scholle*) se erige como la nueva figura mítica, una figura a la que además la doctrina nacional-socialista más adelante cargará de fuertes tintes políticos al utilizarla como ideal representante del espíritu de la raza alemana (Boa/Palfreyman, 2000: 2-3). Uno de los teóricos más importantes de los años veinte, Eduard Spranger, formula el significado de hogar como el resultado de un proceso de crecimiento en interacción con la tierra. Por tanto, el hogar pasa a ser, no un lugar en sí mismo, sino una mentalidad o estado mental subjetivo que surge de la relación entre seres humanos y lugares (Boa/Palfreyman, 2000: 6). Precisamente esta idea formulada por Spranger predomina no sólo en los argumentos y personajes de los relatos seleccionados de Hugo Scholz sino también en la definición que el propio autor ofrece en 1977 del concepto de hogar en el texto "Hogar es una palabra mágica" ("Heimat ist ein Zauberwort"), publicado en el volumen *Como era antaño en nuestro hogar*. En un sentido quizá más amplio que Spranger, Scholz se refiere al hogar como "la relación de las personas con las cosas, con los lugares, con la ciudad y la casa, con cada objeto dentro de ella, la relación con el valle y la montaña y el bosque y viceversa también la relación de estas cosas para con las personas" (Scholz,

1977: 8). Asimismo utiliza la metáfora del tejido, de la imagen de la acción de tejer para representar la construcción del hogar: los hilos entretreídos "unen a la persona con su entorno y lo entretrejen estrechamente en un todo indisoluble." (Scholz, 1977: 8) Es claro el paralelismo, por tanto, con la definición que Eduard Spranger daba en los años veinte al término.

Este paralelismo en la interpretación del concepto viene parejo con la presencia de elementos estilísticos típicos de la *Heimatliteratur* en la narrativa de Hugo Scholz. Nos disponemos a analizarlos tomando como punto de central el estudio de los personajes que habitan ese hogar recordado, construido y/o reconstruido por Hugo Scholz en sus relatos.

El primer rasgo con el que se topa el lector de la *Heimatliteratur* es la imagen de un mundo cerrado, geográficamente aislado en cuanto que se trata de pueblecitos rodeados por montañas. Ello conlleva una imagen estática de hogar, en unas coordenadas temporales imprecisas, aislada de los cambios que trae consigo la modernidad, con ausencia de la ciudad. Los personajes que pueblan los relatos de Hugo Scholz tienen en común la sencillez de sus orígenes rurales y de su forma de vida: son personas nacidas y establecidas en pueblos pequeños, unidos a la tierra y a la naturaleza. Se trata de una serie de personajes tipo que han sido presentados y caracterizados en el volumen *Valle de los Padres* y a quienes el lector va encontrando en relatos posteriores: campesinos, criados, vaqueros, vendedores de tela, artesanos, tejedores, hilanderas, niños, padres, abuelos, etc. Se trata de personajes que viven en un mundo cerrado, no sólo por los límites del paisaje, sino también cerrado por la circularidad que implica el ritmo de la naturaleza, sin que en ningún momento se plantee por parte de los personajes ningún deseo de romper. Es de destacar que a partir de la colección de relatos *Tan verde como en nuestro hogar* (1972) el hogar concebido por Hugo Scholz no estará geográficamente situado sólo en Bohemia, sino también en la región bávara rodeada de los Alpes, siendo

sin embargo en ambos casos un lugar aislado por las montañas. Por tanto, se trata de personajes profundamente rurales, desvinculados del mundo, apartados de la ciudad, en un mundo atemporal.

Son precisamente interesantes dos ausencias-presencias en la narrativa de Hugo Scholz: la de precisas referencias cronológicas del hogar representado y la de la ciudad. La frecuente falta de determinación temporal concuerda con la tendencia de evasión y universalización del mundo arcaico asociada con la *Heimatliteratur*, una ausencia que lleva constantemente al lector a interrogarse sobre las coordenadas cronológicas concretas y con ello sobre el contexto histórico-social en los que el hogar que nos muestra Scholz ha sido real. Del mismo modo, es interesante la presencia que Hugo Scholz construye de la ciudad, precisamente a través de su ausencia o de su lejanía. El primer volumen seleccionado, *Valle de los Padres*, encarna de forma más ajustada esta imagen ya mencionada de hogar como mundo cerrado y aislado, como un mundo ancestral, premoderno, estático. En consonancia, no se encuentra ninguna mención a la ciudad. En los volúmenes posteriores encontraremos contadas alusiones a las ciudades, como un eco lejano de un mundo mecanizado que se ha desviado de la sabiduría natural de los ancestros. Especialmente en los relatos “La resurrección de Abuela” (“Auferstehung der Grußla”) en *Hogar vivo: historias y poemas* y “El viejo rastrillo” (“Die alte Hechel”) en *Tan verde como en nuestro hogar* se hace patente la gran fuerza de la vida urbana en los años sesenta y setenta, y en los relatos se alude al pensamiento de una mayoría basado en la idea de progreso unida a la mecanización. Los sendos protagonistas Ernst y Heribert renuncian a la modernidad, a la industria, a las máquinas, optan por el trabajo artesano, por la comunión con la tierra, por la oposición a la ciudad, y salen airoso. Son voces ajenas quienes les advierten tanto a Ernst como a Heribert del ritmo y los derroteros que sigue el mundo exterior

y nunca llegamos los lectores a tener ante nosotros la ciudad como espacio de acción, sino que sólo percibimos una presencia indirecta y lejana, ajena a los personajes principales, unida siempre al proceso de industrialización y al concepto de civilización frente al concepto reinante de naturaleza, tierra, energía de los ancestros, representado por el pueblo.

Un segundo rasgo de la *Heimatliteratur* se puede describir como el protagonismo de personajes tipificados. En numerosos relatos de Scholz el narrador se refiere a ellos sin individualizarlos, con denominaciones generalizadoras como campesinos, jornaleros, vaqueros, artesanos, tejedores, hilanderas, etc., mientras que en otros pocos casos sí se produce una individualización mediante el nombre. Todo ello contribuye a crear un universo con un orden establecido desde antaño, donde lo definitorio no es tanto el individuo como tal, sino la función o actividad que desempeña en la vida diaria del campo y pueblo: desde la publicación de *Valle de los Padres* asistimos a la imagen que Hugo Scholz tiene de un hogar estable como una comunidad en la que cada persona desempeña una función, asegurando con ello la armonía de un sistema establecido y no cuestionado (véase como ejemplo “La servidumbre – criadas y jornaleros”, “Gesinde – Mägde und Tagelöhner”).

Con ello llegamos a la tercera característica de la *Heimatliteratur*, también presente en la narrativa de Scholz: la representación de hogar como la comunidad del pueblo con jerarquía, con un orden invariable más allá de los cambios rítmicos y cíclicos previstos por la naturaleza. Especialmente el *Valle de los Padres* muestra esta imagen más radicalmente tradicional, en una existencia cotidiana claramente ordenada, jerarquizada y con cambios rítmicos que no desestabilizan el funcionamiento del sistema rural. En general, la mayoría de personajes de Hugo Scholz representan una vida comunitaria en el hogar, sin cambios bruscos, ni movimientos geográficos ni intervención de elementos extraños, a excepción de personajes externos como forasteros,

gitanos, etc. que se distancian de la fuerte colectividad y se mantienen al margen. En los volúmenes *Tan verde como en nuestro hogar*, *Como antaño era en nuestro hogar* y *Hogar vivo: historias y poemas* sí se incorporarán elementos de apertura a esta imagen de hogar como comunidad estructurada, al producirse la ruptura de la tranquilidad del pueblo por la llegada de un forastero que interactuará con el colectivo.

La presencia de estos personajes “desestabilizadores” del colectivo también forma parte del paradigma de la *Heimatliteratur*, como una cuarta característica. Encontramos personajes de Hugo Scholz como Ernst en “La resurrección de Abuela” (“Die Auferstehung der Grufßla”) en *Hogar vivo: historias y poemas*, y Heribert “El viejo rastrillo” (“Die alte Hechel”) en *Tan verde como en nuestro hogar*, desplazados de Bohemia hasta Baviera que, tras la pérdida del hogar, consiguen iniciar una nueva vida, un nuevo hogar y una nueva empresa precisamente tomando el camino contrario a la colectividad. Este es el caso también, por ejemplo, de los protagonistas de “Dos personas en Ödland” (“Zwei Menschen auf Ödland”) y “El baile con Bianka” (“Der Tanz mit Bianka”) en *Tan verde como en nuestro hogar* y “Una canción en el arenal” (“Ein Lied in der Sandgrube”) y “Luz en la habitación de la criada” (“Licht in der Magdkammer”) en *Hogar vivo: historias y poemas*.

A medida que Scholz va avanzando en edad y en su producción literaria, la figura de aquél que ha tenido que dejar atrás su hogar aparece más frecuentemente, en un síntoma de que la distancia cronológica respecto a su propia experiencia vital ha funcionado como efecto espejo, tal como especifican Boa y Palfreymann: la distancia propicia descubrir la propia identidad como en el espejo, percibir más claramente los hilos que nos unen al hogar (2000: 28). Los refugiados, las criadas del Este desplazadas a granjas bávaras en busca de trabajo, los desplazados y otros personajes alejados de sus primeros hogares tienen en común un profundo sufrimiento humano y una gran empatía por el dolor del otro como consecuencia de ello. En “El

baile con Bianka”, por ejemplo, la refugiada Bianka siente compasión por el sufrimiento del joven Niggi, objeto de burlas de los chicos del pueblo, y será la única que acepta bailar con él, pues también ella ha vivido la degradación, el repudio y la humillación en su propia piel (Scholz, 1972: 70).

En todo caso, Hugo Scholz construye personajes forasteros que propician una apertura del sistema cerrado del hogar y que son, tras un periodo de incertidumbre, bien recibidos y arropados por el colectivo. Asimismo se trata de personajes que alcanzan a descubrir la bondad humana entre los desconocidos de las nuevas tierras que los acogen, del mismo modo que conservan la confianza en la bondad de los habitantes del lugar del que fueron expulsados: en “El viejo rastrillo” el tejedor Heribert Pasler, expropiado de su fábrica en Martinsdorf, Bohemia, y transportado a un campo de internamiento, empieza su nueva vida al finalizar la guerra tras reagrupar a su familia en Baviera. Cuando años más tarde vuelve por primera vez de visita, junto a su mujer y su hijo mayor Friedrich, a su lugar natal, ahora Checoslovaquia, afloran los lógicos celos de la familia frente a los checos y las sospechas de los locales frente a la familia alemana que repentinamente ha aparecido en Martinsdorf. Cuando la familia se pierde en la montaña en la oscuridad de la noche y son socorridos por los lugareños, se produce una reconciliación simbólica entre el expulsado y los habitantes de Martinsdorf, ambas partes han superado sus celos. Tal como Heribert explica a su hijo, la experiencia se ha convertido en un “tesoro” (Scholz, 1981: 37-38):

Te has asustado mucho [en la montaña] y has pensado que ellos [los checos] eran nuestro enemigo mortal. Pero nos han rescatado de la montaña. ¿No hay bondad también en ellos? ¿No es eso tanto como un tesoro? En cada pueblo y en cada ser humano se alberga el bien. Sólo depende de si se toma o no. [...] sé que nunca más un pueblo

expulsará a otro, si al mirar al otro ve en primer lugar al ser humano. También los checos y alemanes son seres humanos.

En los personajes de Hugo Scholz predomina la conciliación, especialmente en los que experimentan deportación, internamiento y pérdida de hogar con el sufrimiento que conlleva. Precisamente ellos desempeñan la función de puente entre posturas distanciadas, entre distintas generaciones. La comunicación entre padres e hijos, nietos y abuelos se presenta en los relatos como una estrategia imprescindible para reconciliarse con el pasado y con el otro y para descubrir esos hilos que forman el hogar, según palabras del propio Scholz. Los abuelos y padres con sus historias, con sus relatos, con su palabra, se erigen como la guía para el futuro: especialmente en los volúmenes *Valle de los Padres* y *Como era antaño en nuestro hogar* donde Hugo Scholz recoge más directamente sus recuerdos de infancia y donde dedica numerosos relatos a sus abuelos, padre y madre. Se presentan sus palabras y hechos como las voces del hogar que lo acompañan, como el hilo conductor que establece la unión entre el pasado en Bohemia y el presente alejado de ella. Como ejemplos podemos citar los relatos “Noches de tormenta con la abuela” (“Gewitternächte mit der Grußla”), “El largo viaje del abuelo” (“Die weite Reise des Großvaters”), “Con la vela dorada en la mano” (“Mit der vergoldeten Kerze in der Hand”), “Padre y madre yendo a la siembra” (“Vater und Mutter beim Saatgang”), “Las manos del padre” (“Die Hände des Vaters”) en *Valle de los Padres*; asimismo “Las manos de la madre curan” (“Der Mutter heilende Hände”), “Pienso a menudo en mi madre” (“Ich denke oft an meine Mutter”), “Todo pasa por las manos de la madre” (“Alles geht durch der Mutter Hände”), “La vuelta a casa de la abuela” (“Heimgang der Großmutter”), “Último refugio en casa de la abuela” (“Letzte Zuflucht bei der Grußla”), “Siempre que veo salir humo” (“Immer, wenn ich Rauch steigen sehe”), “Con

la madre a Belén” (“Mit der Mutter nach Bethleem”) en *Como era antaño en nuestro hogar*.

En “El viejo rastrillo” el recuerdo del abuelo y las historias contadas por la abuela sobre ladrones que escondían tesoros en la montaña sirven como catalizador del viaje emprendido por Heribert desde su hogar de adopción en Baviera hasta su primer hogar en Martinsdorf, Bohemia. La curiosidad del niño Friedrich sobre los secretos de la tierra donde nació su padre Heribert y sobre la que la abuela le relata historias será el punto de partida para el viaje hacia Martinsdorf. Se trata, por tanto, de un viaje que consolida el hilo de unión de tres generaciones: la del abuelo, arraigado en Bohemia hasta sus últimos días; la del padre Heribert, plenamente afectado por la Segunda Guerra Mundial y la expulsión posterior; y la del pequeño Friedrich, nacido en la República Federal Alemana en los años sesenta, quien ha crecido escuchando el testimonio de los expulsados de Bohemia por los checos. El retorno a Martinsdorf servirá a Heribert para establecer el puente entre la primera y la tercera generación, insistiendo precisamente en la estrecha unión que siempre ha existido entre esa primera generación del abuelo y la tierra. Como excelente representante de las profesiones ancestrales que predominan en el universo de Scholz, el abuelo tejedor representa la vida constantemente fijada en la tierra y en la naturaleza, donde radica la fuerza humana. Tal como Heribert le explica a su hijo: “El abuelo encontró precisamente aquí su propio valor que más tarde pudo emplear en la vida. [...] Poder organizar y liderar, todo eso lo tenía de aquí. Con ello salió adelante y lo llevó a ser alguien.” (Scholz, 1981: 34).

El valor y coraje del abuelo radican en su apego a la naturaleza. Y un testimonio y símbolo de ese valor y coraje decide Heribert llevarlo a su nuevo hogar en forma del rastrillo que encuentra entre los restos de la casa original de la familia. Como los demás personajes de Hugo Scholz que han debido abandonar su hogar (a los que se les ha arrancado los hilos, tal como dice en “Hogar es una palabra mágica”), Heribert Pasler busca

mantener vivo el hilo de unión con su hogar de Bohemia, mediante ese rastrillo que al tacto transmite esa sensación de estar tocando la vida ancestral de los tejedores, tal como se lee en la última frase del relato (Scholz, 1981: 40). El relato se ha abierto con la imagen de una pieza de acero corroído, que ha ido tomando vida en el transcurso del relato, hasta convertirse en un icono que transmite vida.

De aquí llegamos al quinto rasgo de la *Heimatliteratur*, también presente en los relatos de Hugo Scholz: el final cerrado, armónico y feliz. La constelación de personajes de los relatos de Hugo Scholz transmite una imagen de un mundo pre-moderno anterior a la mecanización y a los horrores de las guerras y situaciones de violencia. Se trata de figuras que emiten la imagen de estabilidad, humanidad, bondad. En contraste con la inevitable presencia de la guerra y expulsión del territorio de Bohemia en las mentes de todos los lectores como trasfondo, como aniquilación de valores humanos y causa de sufrimiento, en el universo creado, recreado, rememorado por Hugo Scholz prevalece la imagen de esencia humana bondadosa que pervive en el tiempo, constante. Bien en los casos en los que se representa un hogar estático, sin sobresaltos, aislado del mundo o bien en los casos en los que se produce un enfrentamiento de posiciones y/o visiones, la imagen final de los relatos transmite dicha idea de armonía, de la existencia de una naturaleza humana común al margen de nacionalidades, culturas y circunstancias históricas.

Se puede apreciar que en los relatos de *Valle de los Padres* el estilo es más descriptivo, produciendo la impresión de que en estos primeros relatos el autor desea escribir para documentar, para conservar y fijar la imagen del pueblo que dejó atrás: describe el pueblo, los miembros de su familia, la gente, la jerarquía doméstica, etc. y recoge recuerdos de la infancia. En los ejemplos posteriores se puede observar una mayor complejidad en la escritura, un mayor esfuerzo estético y reflexivo, con disquisiciones sobre el concepto de hogar, con una perspectiva más

distante y abordando constelaciones más complejas de personajes y argumentos.

Boa y Palfreymann tratan de clasificar las distintas orientaciones y motivaciones en la *Heimatliteratur* a la hora de literarizar el hogar en esta precisa forma: las autoras entienden la *Heimatliteratur* en algunos casos como reconciliación o evasión, pues se obvian los problemas socio-políticos y económicos, y en otros casos como señal de dificultades del individuo para negociar, para encontrar suelo estable desde el que enfrentarse al rápido cambio (2000: 2). Ambas opciones pueden ajustarse a la literatura de Hugo Scholz. Con contadas alusiones a la realidad histórico-política en la que se enmarca dicha pérdida del hogar, Scholz apuesta por la empatía como esencia humana. El mensaje que lanza el autor ante esa pérdida obligada es la máxima de que la naturaleza ofrece las condiciones necesarias para conformar un nuevo hogar y que en esencia la naturaleza humana es universal.

SELECCIÓN DE FRAGMENTOS

Valle de los padres (Tal der Väter, 1965) **“La servidumbre – criadas y jornaleros”**

Cuando se iba a una granja a la hora de comer, se encontraban sentados juntos alrededor de la mesa: al granjero, la granjera, los niños y la servidumbre. Enseguida se podía reconocer a cada uno de la servidumbre por la distribución de los asientos. Al jornalero o *Moon*, la criada principal y a la segunda criada, al criado principal y al criado segundo, al “chico” y a la “chica”. Desde siempre cada uno tenía un lugar establecido en la mesa según su rango. Tan sólo el día de Año Nuevo se movía la distribución, cuando llegaba un nuevo empleado o se producían cambios en la servidumbre.

La comida compartida de un mismo recipiente era la costumbre más primitiva de los primeros humanos, quienes después

de cazar juntos ingerían la comida también juntos. Y así comían aún los campesinos y la servidumbre lo que habían sembrado y cosechado juntos. [...]

En la granja los campesinos y la servidumbre formaban una familia a pesar de la jerarquía. Al granjero se le llamaba “padre”, a la granjera “madre”. Cuando los granjeros aún eran muy jóvenes se les llamaba por sus nombres, como al hermano o a la hermana. Trabajaban y festejaban juntos. No había nada que los granjeros y la servidumbre no compartían.

Tan verde como en nuestro hogar (So grün wie daheim: Vom Leben in einer stillen Welt, 1972)

“El viejo rastrillo”

Quien entraba en la nueva casa de Birkenmoos de la familia Pasler primero veía la pieza de acero oxidado colgando de la pared de la habitación. No combinaba con la decoración de la habitación, y sin embargo tenía el mejor lugar. [...] “Es nuestra mejor pieza, este rastrillo. Con él nuestro abuelo rastrillaba lino seco —y después él mismo hilaba y entretejía los hilos—. Todo con sus manos. Y ahora nosotros seguimos haciéndolo así”. He ahí de pronto una magia fabulosa en torno al acero oxidado. Despierta un tiempo pasado lejano y toma vida otra vez en esta casa. [...]

Era después de la Gran Guerra, cuando las personas que se habían quedado sin hogar en el Este fueron empujadas como por un viento frío por todo el mundo —también Heribert Pasler. Viéndolo no se diría que una vez había sido propietario de una fábrica en la región de tejedores en Bohemia. Su hilandería estaba en Martinsdorf y en la amplia pared había un gran cartel: Compañía Heribert Pasler. Últimamente colgaba de la puerta una nota: “Majetek státu”. El jefe de la fábrica fue llevado a un campo de internamiento y finalmente fue trasladado a Baviera. Ahora estaba buscando a sus parientes, dispersos por todas partes. Al final supo que la madre había ido a la otra

parte de Alemania, a Brandeburgo. [...] La madre vino hacia el sur, a Baviera, junto a su hijo. [...]

Habían pasado veinte años desde que un refugiado de la lejana Bohemia construyese una cabaña de madera en la montaña detrás de Bayerdorf, desde que más tarde comprase pieles de conejo y finalmente tejiese alfombras de viejos remiendos. Ahora colgaba fuera de la casa una placa solitaria: “Tejeduría de alfombras *Hijos de Anton Pasler*”. Se trabajaba con diez telares. Las alfombras ahora se fabricaban de telas nuevas y de colores, y de pura lana. En la casa sonaban los gritos de voces de niños. La Abuela Roswitha tenía trabajo domando al nieto Friedrich de diez años y a Roswitha, de dos años.

Pasler, el padre, no podía calmar la gran curiosidad de su hijo. ¿Qué no quería saber el chico? ¿Y por qué tenía el padre aún telares manuales de madera, cuando por todas partes ahora ya había máquinas? La técnica moderna atraía al joven Pasler. “Pues sí es curioso”, relató Pasler padre a su hijo Friedrich. “A tu bisabuelo lo arruinaron los telares mecánicos. En aquel entonces se debía, bien arrojarlos al desván o bien usarlos como leña. Ahora yo he vuelto a construir una pequeña industria con los telares manuales. El trabajo artesano es precisamente en esta época de las máquinas algo especial, por ello está muy solicitado. Por tanto, de nuevo permite vivir de ello.” “¿Y tu fábrica de Martinsdorf?” “Quizá ya no está en pie. No lo sé.” “¿Vivía realmente en la cueva de la montaña un ladrón, como cuenta la abuela? ¿Están sus tesoros aún enterrados allí?” Las preguntas nunca terminaban. “¿Sabes una cosa, Friedrich? La frontera con Bohemia está otra vez abierta. En verano iremos con vuestra madre, para que pueda enseñaros todo”. “¿Y los checos no nos harán nada? Odian a los alemanes. Y ellos os expulsaron. Si alguien vuelve, ¿no lo van a matar?” “Ay Friedrich, ese odio ya se apagó. Era la guerra, y la guerra trae consigo enemistades. Después de veinte años de paz los seres humanos son otra vez mejores. No debes tener miedo”. [...]

Alcanzaron pronto la frontera con Bohemia. [...] La tierra secreta de Bohemia se abrió. El viaje les llevó por bonitos balnearios y ciudades antiguas. Heribert Pasler no paró en ningún sitio, sólo quería ir al pequeño pueblo en las Sterngebirge, a Martinsdorf. [...] [condujeron] hasta el pueblo, hasta la fonda en el cruce de carreteras, donde Heribert Pasler aparcó el coche. De las casas y granjas de esa calle salieron extraños y miraron con desconfianza. Había corrido la voz de que había alemanes en el pueblo. Heribert saludaba con: “Dobri den! —¡Buenos días!” Algunos le devolvían el saludo, otros callaban, incómodos. “Němce”, se decían unos a otros.

¿Qué querían los alemanes aquí? Los checos les seguían con la mirada. ¿Adónde querían ir? Allí en Oberdorf no había nada más. El forastero con la mujer y el chico iban al bosque más cercano al pueblo. “¿Dónde está la colonia de tejedores?” preguntó Zenta. “Ya no veo nada de ella. ¿La habrá tragado el bosque? El bosque llegaba en aquel entonces sólo hasta el pie de la montaña, después había prados. Allí estaban las casas de los tejedores. [...] el bosque ha crecido. Pero en el bosque aún se tiene que encontrar la casita Pasler.” [...]

“Friedrich, la he encontrado”. El padre estaba delante de una vieja casa desplomada, frondosamente rodeada por el bosque, casi confundiendo con él. Entre las vigas cubiertas de musgo anidaban las zarzamoras, el tejado estaba cubierto de musgo. Del borde del tejado colgaban helechos y hierbajos. “Es la casa del abuelo. Nuestra casa original. [...] La casa debe permanecer intacta. El bosque la ha tomado bajo su protección. Hasta que se pudra completamente será tierra de bosque y en él echará raíces un bosque nuevo. De la vieja madera nacerá madera nueva. Así la casa realmente nunca morirá. Porque de la madera de estos abetos se construirá una casa nueva, quizá más bonita que la vieja. Y quizá vivirán en esta casa otra vez buenas personas, como lo fue el abuelo. [...] El abuelo encontró precisamente aquí su propio valor que más tarde pudo emplear en su

vida. [...] Poder organizar y liderar, todo eso lo tenía de aquí. Con ello salió adelante y lo llevó a ser alguien.”

En Hostiněc, en el cruce de carreteras de Martinkowitz, estaba el coche forastero con la matrícula de la República Federal Alemana. [...] El tabernero, dueño de la fonda seguía con la luz encendida y esperaba. Después de un rato volvió Starosta [el alcalde]. “¿Todavía no están aquí?” “No”. “¿Y dices que hay un niño con ellos?” [...] “Está tan oscuro fuera que no se puede ver nada.” La manecilla del reloj de pared se acercaba a la medianoche. “¿Tienes una linterna, tabernero? [...] enciéndela, debemos ir a buscarlos.” “Son Němci.” Starosta le lanzó una mirada cortante. “Son personas. Y hay un niño con ellos. Algunos ya han muerto ahí arriba en las rocas” [...]

[Heribert dice a su hijo] “Te has asustado mucho [en la montaña] y has pensado que ellos [los checos] eran nuestro enemigo mortal. Pero nos han rescatado de la montaña. ¿No hay bondad también en ellos? ¿No es eso tanto como un tesoro? En cada pueblo y en cada ser humano se alberga el bien. Sólo depende de si se toma o no”. “¿Pero la fábrica! ¿Los checos también te devolverán la fábrica?” “Eso no lo sé. Pero sí sé que nunca más un pueblo expulsará a otro, si al mirar al otro ve en primer lugar al ser humano. También los checos y alemanes son seres humanos” [...]

Pronto habían llegado a la casa donde se rompían los tallos del lino, cuya chimenea se elevaba por encima del tejado. Las tejas se habían caído, los huecos de las ventanas y de las puertas miraban al recién llegado. La casa se había convertido en una ruina. [...] Los tres caminaron en silencio alrededor de la ruina. De un montón de piedras sobresalía un trozo de hierro. Pasler padre se agachó y lo desenterró. “Un viejo rastrillo”. Brilló de alegría sobre el descubrimiento. [...] “Nos llevamos este rastrillo”. Un hierro oxidado, parecido a un gran peine. Pero Heribert Pasler lo llevaba como un tesoro debajo del brazo y lo guardó en el coche. [...]

Siempre que Roswitha y Heribert veían colgado el rastrillo, tenían cerca el viejo pueblo a los pies de Schmiedeberg. Era un trozo de vida del viejo hogar, que seguía vivo aquí.

Como era antaño en nuestro hogar (Wie's einst war bei uns daheim, 1977).

"Hogar es una palabra mágica"

Cuando se habla de hogar, primero se ve la imagen de un paisaje: el pueblo incrustado en una hondonada con sus casas con tejado a dos aguas adaptadas a la tierra, la pequeña ciudad con la torre de la iglesia, alrededor de la cual se apiñan los tejados, las callejuelas estrechas entre ellos con pequeños jardines y tranquilos pórticos en la esquina. A las afueras de la ciudad la fábrica con su alta chimenea, a la que sobrepasan los montes, esta corona azul que rodea casi todo. Nuestra propia casa con piezas acogedoras, en ellas están los armarios y arcones con iniciales bordadas de los difuntos en estos muebles, tan cerca de los vivos. El cementerio detrás con sus lápidas bajo las amplias ramas de viejos tilos, bajo ellas hay un buen descanso.

No sólo nos viene esta imagen producida por arte de magia con la palabra "hogar". Hay algo más: la juventud, que pasamos aquí, esos años libres, sin ataduras. Aquí vivimos las primeras alegrías, aquí nos llegó el primer dolor. Aquí creamos la primera amistad, aquí nos topamos con la chica que nos hizo sonrojar, sin saber lo que pasaba. Aquí experimentamos el amor y también el odio, ambas cosas fueron la vida, despertaron los sentidos. Nos acercamos a las personas en relaciones de muchos tipos. Empezó en la familia, ampliándose con la vecindad hasta la amistad y la comunidad de la ciudad y el pueblo. Los círculos se fueron superponiendo, el individuo estaba integrado y guiado. Y es que había algo como la tierra, vivía y tejía y florecía como un jardín colorido, como un campo sembrado rico, bendito. Era el mismo idioma, un habla de total expresión, era la

misma canción, una canción popular de gran alma, era la misma costumbre, el transcurso del año en su bello ritmo regular. Toda la vida, desde la cuna hasta la tumba avanzaba de una forma ordenada y por ello tan segura y pacífica, que apenas podía surgir miedo de algo malo —la vida estaba en manos sabias y había una gran sensación de seguridad.

Con todo ello entendemos más claramente lo que es realmente el hogar. Y que por tanto no es sólo la ciudad y el pueblo, ni la casa del padre, tampoco el conjunto de todas estas cosas, lo que representa el hogar. El concepto hogar es amplio, abarca la forma de vivir de las personas, la lengua y las canciones, los hábitos y costumbres. Sobre todo son las relaciones entre personas, el amor y la amistad, lo que componen la palabra hogar. En definitiva hogar quiere decir la relación de las personas con las cosas, con los lugares, con la ciudad y la casa, con cada objeto dentro de ella, la relación con el valle y la montaña y el bosque y viceversa también la relación de estas cosas para con las personas. Innumerables hilos tejidos unen a la persona con su entorno y lo entretajan en un todo indisoluble. Esto es lo que constituye la magia de la palabra hogar, una magia que no se puede explicar a otra persona, que nadie puede sentir sin haberlo experimentado y que con frecuencia ni siquiera se puede entender. Uno puede comprender esta magia tan sólo una vez estos hilos se han rasgado. Entonces, quien rompió los hilos de forma ligera se siente atraído otra vez hacia la tierra, mientras que aquél a quien le fueron arrancados los hilos con violencia sufre dolorosamente por dicha magia.

El apátrida se siente perdido. El nuevo lugar extraño que lo rodea no le ofrece ningún apoyo, el miedo vital lo asalta. No sólo falta arropo, también se pierde la propia seguridad en las acciones y comportamientos. El ritmo vital se ve alterado. En su desarraigo la persona está expuesta a todos los peligros. Lleva mucho tiempo hasta formar lazos con su nuevo entorno, hasta asentarse y echar raíces —hasta sentirse otra vez en casa.

Hogar vivo: historias y poemas (Lebendige Heimat: Geschichten und Gedichte, 1981)
"La resurrección de la abuela"

La última casa del pueblo estaba al otro lado apartado de la carretera, lejos de las demás casas de Schönau. Sólo se llegaba por un estrecho sendero, ya totalmente cubierto de hierba y apenas pisado. Las paredes de madera estaban abombadas, las pequeñas ventanas estaban condenadas, el tejado de paja estaba cubierto de musgo. Quien se acercaba más, no obstante, oía dentro un golpe, un golpe casi misterioso, uniforme. A veces venía corriendo un chico, tan contento, como si pudiese encontrar sabe Dios qué alegría en la vieja casa. [...]

El chico se precipitaba a la habitación dirigiéndose enseguida al telar de madera, agarraba la madeja y aceleraba la lanzadera. Cómo cantaba el telar: "tichique-tichaque, tichique-tichaque"

[...][La abuela] se intranquilizaba cuando oía cómo el nieto tiraba de la madeja e iba cojeando hacia él. "Me vas a hacer una maraña. ¡Déjalo ahora mismo!" Se acabó la diversión que el pequeño Ernstla había esperado con ilusión. Lo único que le permitían hacer, bobinar el hilo, era aburrido —él quería tejer. [...]

Había algo que siempre atraía al pequeño Ernstla a la vieja pequeña casa. Abuela, que le regañaba, aguzaba el oído cada día, por si tocaban a la puerta. Con los años sonaba cada vez menos y llegó un tiempo en que nunca tocaban a la puerta. El pequeño Ernstla se convirtió en Ernst y fue a la fábrica. La sirena sonaba a las seis de la mañana, para despertar a los trabajadores de los pueblos de los alrededores, a las siete daba un corto silbido, como señal de que la máquina de vapor empezaba a funcionar y de que todos debían estar en el telar. A Ernst sólo le quedaba el domingo, cuando podía visitar a la abuela. [...] Una y otra vez algo atraía a Ernst hacia la vieja pequeña casa. Hasta que el telar de madera se detuvo para siempre. Pero el golpeteo nunca paró.

Después de la expulsión de todos los habitantes colgaba también en la puerta de la vieja casita de la tejedora un papel con la inscripción "Majetek staatu". Sin embargo, nadie de los que se apropiaron del pueblo quiso mudarse allí. Sólo los zorros del bosque cercano se deslizaban sigilosamente por la noche en la casa, pero también se marchaban pronto. La casita estaba muerta.

Sin embargo, permaneció algo de su vida anterior. Este algo se encontraba aún después de muchos años dentro del hombre joven que volvió de su cautiverio de guerra sin tener ya hogar. Se sentó en un tren de vapor que iba hacia Baviera. Allí había montañas como en su hogar perdido, lo más seguro aquí habría un lugar para vivir para los apátridas. Los nombres de las estaciones en las que paró el tren eran extraños. El cartel Hopferau tenía sin embargo un sonido parecido a su pueblo natal Schönau, lejos atrás en Bohemia. El hombre agarró su bolsa del pan y se apeó. Se quedó de pie en la plaza del pueblo desorientado y no sabía adónde se debía dirigir —un forastero. En todos estos años tras la alamburada había ansiado tanto volver otra vez a Schönau. El repatriado preguntó en el pueblo si había un trabajo para él. ¿Pero qué campesino quería emplear a un tejedor?

Tras la sensación de pérdida del hogar vino la sensación de abandono. El repatriado sin patria caminó por un camino de bosque, hacia bosques donde había moras, una gran cantidad. Aquí percibió el sentimiento de estar en el hogar, ya que, moras había también en las montañas de Schönauer. [...]

Del alcalde del ayuntamiento recibió el repatriado su documento de refugiado, que le daba otra vez su nombre: Ernst Kinzel. Preguntó en el pueblo por una vieja rueca. Nadie había preguntado por algo así, todos querían sólo mantequilla y queso. Ernst Kinzel encontró en un caserío situado a las afueras un campesino que tenía un telar en el suelo. "Puedes quedártelo", dijo, "¿pero de qué te sirve un cacharro así?" Ernst Kinzel lo

llevó a casa pieza a pieza —ya que también se le había asignado una habitación como vivienda. La habitación era sin embargo demasiado pequeña para colocar un telar. [...] Alrededor del telar se encontraba un montón de lana hilada. Ernst Kinzel ya podía enseñar lo que había visto de niño a su abuela: la lanzadera se elevaba, la gaveta sonaba al cerrarse. Era como antaño en la caseta del tejedor en Schönau.

En la vieja caballeriza se oía ruido de golpeteo y zumbido. La puerta se abría y cerraba durante todo el día: los campesinos traían lana, las mujeres compraban tejido de lana, llegaban incluso desde la ciudad. En las fábricas textiles los vencedores desmontaban las máquinas, en la tejeduría Kinzel se colocaban más telares manuales.

Los clientes más finos dudaban en entrar por la pequeña puerta de la caballeriza. Al hombre con delantal que les abría le preguntaban por su jefe. “Lo voy a llamar”, decía el hombre del delantal. Después de un rato volvía vestido con una chaqueta típica bávara. “Ah, es usted el propietario de la nueva empresa. Pero no tiene ningún rótulo.” “Mi abuela tampoco lo tenía” respondía Ernst Kinzel. Señala a un cuadro en la pared, una fotografía en color que muestra una vieja casa de madera con el tejado de paja que cuelga sobre pequeñas ventanas, como el pañuelo en la cabeza de una pobre mujer anciana. “Casa original de la compañía Kinzel en Schönau.” Se quedan en silencio durante un rato. Sólo se escucha el sonido de la gaveta del telar al cerrarse, como antaño en aquella vieja casa.

HUGO SCHOLZ

Obras

Drama

Die verbotene Heirat: historisches Volksstück in vier Akten.
Braunau: Scholle, 1927.

Hof ohne Erben: Schauspiel in fünf Akten. Karlsbad-Drahowitz:
Kraft, 1931.

Ein Jackett für den Gefangenen: Schauspiel in vier Akten. Min-
delheim: Langer, 1965.

Estudios

Die Dörfler: Menschen und Bräuche aus dem Schlesischen Bergland.
Breslau: Bergstadtverlag, 1926.

Franz Spina als Politiker, Wissenschaftler und Mensch. Braunau:
Scholle, 1928.

Über deutsche Volkskunst. Teplitz-Schönau: Wächter, 1938.

Novelas breves

Menschen an der Grenze. Karlsbad: Kraft, 1938

Die goldene Spange : Novelle. Hopferau/Allgäu: Scholle, 1950.

Kegelbart: eine wunderliche Geschichte. Hopferau/Allgäu: Scholle,
1950.

*Braunauer Felsenländchen: ein Stücklein wunderliche Welt und ihr
vergangenes Volksleben.* Kempten: Renner, 1951.

Hochzeit ohne Wein: Novelle. Leimen-Heidelberg: Verlag für
Heimatliches Schrifttum, 1960.

Novelas

- Noch steht ein Mann: ein Grenzlandroman.* Karlsbad-Drahowitz: Adam Kraft, 1929.
- Tochter der Erde: Roman.* Graz: Stocker, 1940.
- Die weisse Wolke: Roman.* Berlín: Volk-und-Reich-Verlag, 1942.
- Das neue Leben: Roman.* Graz: Stocker, 1943.
- Die Brunnbacherleute: Roman.* Graz: Stocker, 1943.
- Nur das nackte Leben: Roman.* Múnich: Kraus, 1953.
- Hinter den böhmischen Wäldern: die Geschichte einer deutschen Jungen.* Troisdorf: Kammwegverlag, 1956.
- Heilendes Wasser: ein Roman um Vinzenz Prießnitz.* Múnich: Manz, 1957.
- Herr seiner Welt: der Lebensroman Ferdinand Porsches.* Augsburg: Kraft, 1962.
- Der Sohn des Handwebers.* Donauwörth: Auer, 1968.
- Zuflucht bei Johann Schroth: die große Heilung.* Múnich: Bogen, 1970.
- Auf allen Straßen der Erde.* Nürnberg: Preußler, 1974.
- Erbe und Geheimnis des Naturarztes Johann Schrot: Roman.* Nürnberg: Preußler, 1974.

Poesía

- Segen der Stille: Betrachtungen und Gedichte über natürliches Leben im Einklang mit der Schöpfung.* Nürnberg: Preußler, 1983.

Relatos

- Taldorfheimat.* Budweis: Verlagsanstalt "Moldavia", 1923.
- Wo die Berge raunen: Sagen und Legenden.* Hopferau/Allgäu: Scholle, 1960.

- Der Fastendoktor von Lindewiese: dokumentarische Erzählung über Johann Schroth.* Leimen-Heidelberg: Verlag für Heimatliches Schrifttum, 1961.
- Der Ostwind hat es gebracht: Erzählungen von damals.* Leimen, Heidelberg: Verlag für Heimatliches Schrifttum, 1963.
- Die verbotene Heirat des Grafschafters und andere Erzählungen.* Leimen: Verlag für Heimatliches Schrifttum, 1964.
- Tal der Väter: Menschen und Dinge, Leben und Treiben in den böhmisch-schlesischen Bergen.* Hopferau/Allgäu: Scholle, 1965.
- Mensch im Schutt: Ostdeutsche Erzählungen.* Eds. Ackermann-Gemeinde von Hugo Scholz. Múnich: Sudetendeutsches Landvolk in der Ackermann-Gemeinde e. V., 1970.
- So grün wie daheim: vom Leben in einer stillen Welt.* Kempten: Riesengebirgsverlag Renner, 1972.
- Wie's einst war bei uns daheim.* Nürnberg: Preußler, 1977.
- Lebendige Heimat: Geschichten und Geschichte.* Nürnberg: Preußler, 1981.
- Abends bei der Petroleumlampe.* Nürnberg: Preußler, 1986.
- Unter der Schneekoppe: Erzählungen.* Nürnberg: Preußler, 1987.

Estudios

- Boa, E.; Palfreymann, R. "Introduction: Mapping the Terrain", en: *Heimat: A German Dream; Regional Loyalties and National identity in German Culture, 1890-1990.* Oxford: Oxford University Press, 2000, 1-29.
- Kulturportal West-Ost*, "Hugo Scholz", en: *Ostdeutsche Biographien.* URL: <http://kulturportal-west-ost.eu/biographies/scholz-hugo-2/>, 12.10.2012
- Meissner, E. *Heimat und Welt im Werk von Hugo Scholz.* Forchheim: Heimatkreis Braunau/Sudeten, 1978.